

Nelson Goodman

Maneras de hacer
mundos



La editorial de la Universidad

Maneras de hacer mundos

Traducción de
Carlos Thiebaut



www.machadolibros.com

Nelson Goodman

Maneras de hacer mundos



La bolsa de la Madusa

La balsa de la Medusa, 30

Colección dirigida por
Valeriano Bozal

Título original: *Ways of worldmaking*
© 1978 by Nelson Goodman
Hackett Publishing Company
© de la traducción, Carlos Thiebaut, 1990
© de la presente edición,
Machado Grupo de Distribución, S.L.

C/ Labradores, 5. Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
machadolibros@machadolibros.com
www.machadolibros.com

ISBN: 978-84-9114-028-3

Índice

Prólogo

1. Palabras, trabajos, mundos

1. Preguntas
2. Versiones y concepciones
3. Fundamento sin firmeza
4. Maneras de hacer mundos
5. Problemas con la verdad
6. Realidad relativa
7. Notas sobre el conocer

2. Sobre el estilo

1. Algunas objeciones
2. Estilo y contenido
3. Estilo y sentimiento
4. Estilo y estructura
5. El estilo y la firma
6. El significado del estilo

3. Sobre la cita

1. La cita verbal
2. La cita pictórica
3. La cita musical
4. Citas entre sistemas diversos
5. Citas transmodales
6. Reflexión

4. ¿Cuándo hay arte?

1. Arte puro
2. Un dilema
3. Muestras

5. Un rompecabezas en la percepción

1. Ver más de lo que hay
2. Construir el movimiento
3. Forma y tamaño
4. Preguntas y consecuencias
5. Color
6. El rompecabezas

6. La fabricación de los hechos

1. Realidad y artificio
2. Medios y materia
3. Algunos mundos antiguos
4. Reducción y construcción
5. Hecho de ficción

7. Sobre la correcta interpretación

1. Mundos en conflicto
2. Convención y contenido
3. La verdad y su comprobación
4. Veracidad y validez
5. La adecuada representación
6. La muestra justa

7. Reexamen de la noción de validez

*A K. S. G.,
que crea mundos de acuarela*

Prólogo

Este libro no corre en línea recta desde su comienzo a su final. Se dedica a cazar, y en esa caza a veces bate al mismo mapache en árboles diferentes, otros a distintos mapaches en el mismo árbol, o incluso aquello que al final se descubre que no es ni mapache ni árbol. A veces hace renunciados, resistiéndose a saltar algunas vallas determinadas, y se aleja a trochar por otras sendas. Suele beber agua siempre de los mismos arroyos, y tropieza en algún terreno de difícil caminar. Y no lleva cuenta de la caza ganada, sino de aquello que se ha aprendido al explorar ese territorio.

Por tercera vez en mi vida la invitación a dar un conjunto de conferencias ha espoleado la escritura de un libro. Si las Special Lectures dadas en la Universidad de Londres condujeron a *Fact, Fiction and Forecast*, y las John Locke Lectures de la Universidad de Oxford condujeron a *Languages of Art*, han sido las primeras Immanuel Kant Lectures de la Universidad de Stanford las que han impulsado el presente libro y las que suministraron la base

para sus últimos cuatro capítulos, aunque la gran parte del capítulo final ha sido casi totalmente reescrita. El primer capítulo fue leído en la Universidad de Hamburgo en el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Ernst Cassirer, y los primeros cuatro capítulos han sido publicados también como trabajos independientes.

Como suele suceder habitualmente, la lista de aquellas personas que me han ayudado es infinita, y solo puedo mencionar aquí a la Universidad de Stanford y a su Departamento de Filosofía, especialmente a Patrick Suppes, a mis colegas Israel Scheffler, W. V. Quine e Hilary Putnam, y a mis asociados en el proyecto Cero, Paul Kolers y Vernon Howard.

Dado que los siete capítulos han sido escritos y reescritos durante unos siete años y, más que pasos consecutivos en un proceso de argumentación, son con frecuencia variaciones sobre los mismos temas recurrentes, las repeticiones son inevitables y confío que serán perdonadas. Mi experiencia con los estudiantes y con quienes han comentado mis trabajos no me ha convencido que la repetición sea inútil. Las incoherencias son menos perdonables y confío que serán también menos frecuentes. He dejado las claras inadecuaciones entre ideas y frases para conveniencia de los críticos.

Hay pocas etiquetas filosóficas que le puedan valer cumplidamente a un libro que se opone tanto al empirismo como al racionalismo, al materialismo y al idealismo como al dualismo, al esencialismo como al existencialismo, al mecanicismo y al vitalismo, al misticismo y científicismo, por no mencionar otras ardientes teorías. El resultado podría tal vez describirse como un relativismo radical bajo rigurosas restricciones y que termina siendo algo parecido al irrealismo.

No obstante, creo que este libro pertenece a esa corriente fundamental de la filosofía moderna que se inició cuando Kant sustituyó la estructura del mundo por la

estructura del espíritu humano y que continuó cuando C. I. Lewis sustituyó esa última por la estructura de los conceptos por la de los diversos sistemas simbólicos de las ciencias, la filosofía, las artes, la percepción o el discurso cotidiano. Esa transformación de la filosofía lleva desde la concepción de una verdad y un mundo únicos, acabados y encontrados así, a pensar en una diversidad de versiones, todas correctas y a veces en conflicto, de diferentes mundos en su hacerse.

Harvard University

Referencias

Los primeros cuatro capítulos han sido publicados por separado en los siguientes sitios:

Cap. primero: «Words, Works, Worlds», en *Erkenntnis*, vol. 9 (1975).

Cap. segundo: «The Status of Style», en *Critical Inquiry*, vol. 1 (1975).

Cap. tercero: «Some Questions Concerning Quotation», en *The Monist*, vol. 58 (1974).

Cap. cuarto: «When is art?», en *The Arts and Cognition*, The John Hopkins University Press, 1977.

Agradezco a los diversos editores su cooperación.

A lo largo de toda la obra he empleado las siguientes abreviaturas:

SA, para la tercera edición de *The Structure of Appearance*, D. Reidel Publishing Co., 1977 (primera

edición, 1951).

FFF, para la tercera edición de *Fact, Fiction and Forecast*, Hackett Publishing Co., 1977 (primera edición, 1954).

LA, para la segunda edición de *Languages of Art*, Hackett Publishing Co., 1976 (primera edición de 1968). Hay versión castellana: *Los lenguajes del arte*, Barcelona, Seix Barral, 1976.

PP, para *Problems and Projects*, Hackett Publishing Co., 1972.

1

Palabras, trabajos, mundos

1. Preguntas

«Innumerables mundos, creados de la nada mediante el uso de símbolos»: así podrían resumirse algo satíricamente ciertos temas fundamentales de la obra de Ernst Cassirer. Esos temas, entre los que se cuentan la multiplicidad de mundos, la engañosa apariencia de «lo dado», el poder creativo del entendimiento, o la variedad de los símbolos y su función conformadora, son también parte crucial de la perspectiva que aquí se defenderá. No obstante esas similitudes temáticas, somos muy proclives a olvidar con frecuencia cuán elocuentemente planteó Cassirer esas cuestiones¹, en parte tal vez debido a que el énfasis que puso sobre el mito, así como su preocupación por los

estudios transculturales comparativos y su uso de nociones como la de espíritu humano, se han visto asociados erróneamente a determinadas corrientes contemporáneas de obscurantismo místicos, de intuicionismo antiintelectual o de humanismo anticientífico. Pero, de hecho, esas actitudes están tan lejanas del mismo Cassirer como de mi propia orientación, escéptica, analítica y constructivista.

En las páginas que siguen no se intentará tanto defender algunas de las tesis que Cassirer y el autor del presente libro comparten, cuanto afrontar de manera directa determinadas cuestiones cruciales que en esas tesis se suscitan. ¿En qué sentido exacto podemos decir que hay muchos mundos? ¿Qué es lo que diferenciaría a mundos genuinos de mundos espúreos? ¿De qué están hechos y cómo están hechos esos mundos? ¿Qué papel juegan los símbolos en ese hacer mundos y cómo se relaciona la construcción de mundos con el conocer? Es menester abordar estas preguntas, aunque estemos muy lejos de las que podrían ser sus respuestas definitivas.

2. Versiones y concepciones

Tal como sugiere el equívoco título de William James, *Un universo pluralista*, la disputa entre monismo y pluralismo tiende a evaporarse tras un primer análisis: si solo hubiera un mundo, abarcaría multiplicidad de aspectos y contrastes; y, por su parte, si hubiera muchos mundos, su colección habría de formar un unidad. Cabe concebir un único mundo como si fueran muchos, o podemos comprender los muchos mundos como si fueran solo uno y, en esos casos, serán uno o muchos según sea la manera como los concibamos².

¿Por qué acentúa Cassirer, entonces, la multiplicidad de mundos? ¿En qué sentido importante -sentido a veces olvidado- puede decirse que existen muchos mundos? Dejemos claro que la cuestión aquí planteada no tiene que

ver con aquella otra de los mundos posibles con cuya creación y manipulación se entretienen mucho de mis contemporáneos (sobre todo los que viven cerca de Disneylandia). No hablamos ahora de múltiples alternativas posibles a un único mundo real, sino, por el contrario, de múltiples mundos reales, y la pregunta subsiguiente atañerá a cómo interpretar términos tales como «real», «irreal», «ficticio» o «posible».

Consideremos, para empezar, dos enunciados igualmente verdaderos, aunque opuestos entre sí: «el sol se mueve siempre» y «el sol no se mueve nunca». ¿Habremos de decir que esos enunciados describen mundos diferentes y habremos de afirmar realmente, entonces, que existen tantos mundos distintos como verdades mutuamente excluyentes? Más bien, por el contrario, parece que tendemos a considerar esas dos secuencias verbales no tanto como si fueran enunciados completos, con sus propios valores de verdad, cuanto como si fueran, por el contrario, elipsis parciales de otros enunciados, tales como «en el marco de referencia A, el sol se mueve siempre» y «en el marco de referencia B, el sol nunca se mueve», enunciados que pueden ser ambos verdad en el mismo mundo.

No obstante, parece que la idea de marco de referencia apunta más a los sistemas de descripción mismos que a aquello que estos describen. Así, cada uno de los dos enunciados mencionados refiere aquello que está describiendo a cada uno de esos sistemas referenciales distintos. Si preguntamos cómo es el mundo se nos puede responder describiéndolo bajo uno o bajo varios de esos marcos de referencia, pero, ¿qué se nos podría contestar si insistiésemos en preguntar cómo habría de ser el mundo si dejáramos al margen cualquier marco de referencia? Nos hallamos confinados a las formas de descripción que empleamos cuando nos referimos a aquello que describimos, y podríamos decir que nuestro universo

consiste en mayor grado en esas formas de descripción que en un único mundo o en varios mundos.

Podemos hallar un ejemplo menor y bastante pálido de la inmensa diversidad existente de relatos del mundo considerando las diferentes descripciones alternativas del movimiento que podemos plantear, descripciones cuyos términos son bastante similares, y que pueden también traducirse rutinariamente unas en otras. Es mucho más sorprendente la amplia variedad de versiones y concepciones del mundo que nos suministran las diversas ciencias, los trabajos de diferentes pintores y escritores, o nuestras percepciones mismas tal como han sido modificadas por esa variedad, por las circunstancias y por nuestras propias intuiciones, intereses y experiencias pasadas. Aunque suprimiéramos todas las versiones ilusorias, erróneas o dudosas, el resto de versiones que nos quedaría seguiría arrojando un amplio excedente de dimensiones de disparidad nuevas. Ni poseemos en esos casos un conjunto claro de marcos de referencia, ni tenemos ninguna regla a la mano que transforme la física, la biología o la psicología entre sí, ni tampoco disponemos en absoluto de regla alguna que transforme a su vez esas disciplinas en la concepción de un Van Gogh, o la de un Van Gogh en la de un Canaletto. Las versiones de este tipo carecen de valor de verdad en el sentido literal del término dado que son representaciones más que descripciones, y dado que no pueden combinarse por conjunción como sucede, y por el contrario, en el caso de los enunciados. La diferencia que existe entre la yuxtaposición y la conjunción de enunciados carece de un término análogo cuando hablamos de dos cuadros o de un cuadro y un enunciado. Cabe, ciertamente, relativizar aquellas versiones del mundo que se contrapongan de manera muy drástica y evidente y podrá, así, decirse que cada una de ellas es correcta dado un sistema determinado, según una ciencia, un artista, según una cierta persona que las percibe o dada una circunstancia

determinada. Pero así hemos pasado, de nuevo, de la descripción o representación «del mundo» a hablar de descripciones y representaciones, y ahora, incluso, sin aquel consuelo antes apuntado de la intertraducibilidad entre los diversos sistemas en cuestión, y también sin ninguna organización evidente entre ellos.

Y, sin embargo, ¿no difieren, acaso, una versión correcta y otra errónea precisamente porque la primera se refiere al mundo, de modo que precisamente esa corrección misma dependerá de un mundo y lo implicará? Así, haríamos mejor en decir que es «el mundo» el que depende de tal corrección. Pero, no nos es posible comprobar una versión comparándola con un mundo no descrito, no representado, no percibido, y solo podemos hacerlo por otros medios que luego discutiremos. Si podemos pensar que la determinación de aquellas versiones que son correctas es como un «aprender del mundo» (donde «el mundo» parece ser aquello que describen todas las versiones correctas), todo cuanto aprenderemos estará contenido en aquellas versiones que de él haya y que sean válidas o correctas. Y si no cabe negarles ese mundo subyacente, ese mundo despojado de todas esas versiones que hemos ido mencionando a quienes lo aman, tal vez no pueda negarse tampoco que, con todo, es un mundo definitivamente perdido. Podríamos, a determinados efectos, definir una relación que clasificara en grupos las diversas versiones del mundo de tal forma que cada una de esas agrupaciones constituyera un mundo y que cada uno de sus miembros fuera una versión de ese mundo, pero, a otros muchos efectos, puede considerarse que nuestros mundos son precisamente todas las descripciones, las representaciones y las percepciones correctas del mundo, así como las maneras-en-que-el-mundo-es, o simplemente las versiones en las que nos aparece³.

¿En qué sentido no trivial puede decirse que hay muchos mundos, tal como insisten Cassirer y otros pluralistas de

talante similar, si es difícilmente discutible el hecho de que existen muchas versiones diferentes del mundo y si es virtualmente vacua la pregunta sobre cuántos mundos-en-sí hay, si es que hay alguno? Tal vez solo en el sentido de que muchas de las diferentes versiones del mundo tienen importancia e interés por sí mismas y ello sin requerir o presumir que sean reducibles a un solo supuesto. El pluralista, lejos de ser anticientífico, aceptará el pleno valor de las ciencias, y el adversario al que típicamente habrá de enfrentarse será aquel materialista o aquel fisicalista monopolista que sostienen que hay un único sistema preeminente que incluye todos los demás, el de la física, de tal forma que cualquier otra versión debe a la larga reducirse a él o, de lo contrario, debe rechazarse por falsa y sin sentido. Ciertamente, si cupiera que todas las versiones correctas se redujeran de algún modo a una y solo a una de ellas, esa tal podría considerarse con mucha plausibilidad⁴ la única verdad acerca del mundo. Pero pueden rechazarse las razones en favor de tal reductibilidad, e incluso su pretensión misma es bastante vaporosa, pues la misma física es fragmentaria e inestable y dado que tanto el tipo de reducción propuesta como sus consecuencias están llenas de vaguedad. (¿Cómo se puede comprender la reducción a física de la visión del mundo de Constable o de James Joyce?) Soy la última persona en el mundo que subestime la construcción y la reducción⁵, pues la reducción de un sistema a otro puede contribuir verdaderamente a la comprensión de las interrelaciones entre diferentes versiones del mundo, pero es rara, y casi siempre parcial una reducción que pueda decirse tal en un sentido razonablemente estricto, y pocas veces, si es que tal acontece, es una reducción única y singular. La exigencia de una reducción total y exclusiva a la física, o a cualquier otra versión singular, significa el abandono de todas las versiones restantes. Por el contrario, la aceptación que tienen otras versiones además de la de la física entre los